

Lo que pudo haber sido y nunca hubiera sido, lo que pudo ser y no fue

Por Regina Valencia Franco

Todo pasó muy rápido. Un jueves por la mañana me había levantado cansada e irritada por otro día de escuela, tome mis clases del día y bromeaba con mis amigos sobre el famoso virus que se estaba propagando, era algo serio, lo sabíamos y esa era la principal razón para ponerle un poco de humor, tratar de distraernos y de olvidar por un momento lo que estaba pasando. Ese jueves en la tarde la prepa mando un correo, donde decía que dadas las circunstancias la escuela cerraría el viernes para poder sanitizarla y recibirnos con seguridad. Ese viernes, se convirtió en una semana, la semana se convirtió en dos y al final esas dos semanas se convirtieron en la mitad del semestre.

Como estudiante puedo decir que el sueño de la mayoría de nosotros es estudiar en casa, por lo que no me queje en absoluto, esa mitad de semestre disfrute del silencio que en mi salón no había, y me convencí a mí misma de que no extrañaba a ninguno de mis compañeros, pues siempre me considere un alma solitaria.

Terminando el semestre, aproveché mi cuarentena leyendo los libros que me faltaban de mi librero, aprendí a cocinar y un poco de repostería, el tiempo para mí se había vuelto indiferente, todos los días parecían el mismo, ya no me preocupaba por si era lunes o sábado, si había pasado un mes o una semana, todo se volvió igual que dejo de importarme. Yo creo que es la razón por la que no recuerdo cuando comencé a escribir mis historias, cree a mis personajes, todos tan distintos pero familiares para mí, algunos con mis defectos, otros con mis virtudes, unos inspirados en mi familia, algunos eran mi familia.

Comencé a leerle a Abuelita algunas de esas historias, ella siempre me escuchaba, me daba críticas que me ayudaban, amaba leer y verme escribir la hacía feliz. Se sentaba en su silla reclinable, con su tejido y una taza de té a escucharme, sin embargo, había notado como un pequeño brillo característicos de sus ojos se había desvanecido, notaba como su mirada se perdía en la ventana

del balcón cuando pensaba que no le estaba prestando atención. Le había preguntado muchas veces que era lo que tenía, pues la notaba un poco perdida, siempre me contestaba con lo mismo “No me pasa nada mi niña, es solo que tus historias me transportan a otro lado” sonreía y volvía a su tejido.

Empecé a preocuparme y llegué a pensar que había enfermado, tal vez había contraído el virus, lo que descarté por completo, pues mis papás no me hubieran dejado quedarme con ella si ese fuera el caso, por lo que después de tanto pensar y pensar, recordé algo que le faltaba. Mi Abuelita solía salir a caminar al parque frente a su casa, el que quedaba justo frente a la ventana del balcón, siempre que regresaba nadie le podía quitar la sonrisa y ese brillo que solía tener en sus ojos, su energía te contagiaba, irradiaba amor y calidez, ella era el alma de la casa; con una idea en mi cabeza, busqué entre mis contactos el número de una vecina, recordaba que Abuelita mencionaba de vez en cuando a un vecino del otro edificio con el que solía pasar mucho tiempo, entre sus memorias podía escucharla hablar de él, mencionar que había sido su mejor amigo y su gran apoyo tras la muerte de mi abuelo, qué falleció cuando mi mamá aún era niña.

Cuando logré contactar con la vecina y ella me confirmó mi sospecha, le conté que su abuelo había estado igual, no sonreía tanto y su mirada se perdía en dirección al parque, me sorprendí tanto y me sentí muy decepcionada de mi misma ¿porque no me había dado cuenta antes? todo el tiempo leyendo sobre amor y no pude reconocerlo en la mirada de Abuelita. Al principio me encontraba confundida ¿Por qué no se habían mantenido en contacto durante la cuarentena? Tal vez se habían peleado, sin embargo, platicando con Rosa, la vecina con la que me contacté, descubrimos que en realidad no tenían como mantenerse en contacto, Abuelita siempre había repelido la tecnología, alegando que era la razón por la que la gente había dejado de leer, nunca tuvo celular, computadora ni nada de eso.

Una vez que supe lo que le ocurría a Abuelita no pude ignorar las señales, eran tan evidentes que no comprendía como no las había visto antes. Verla decaída la gran parte del día, su sonrisa solo aparecía cuando leíamos mis historias y, aun

así, podía ver que le costaba, cuando normalmente tejía dos suéteres a la semana, toda la cuarentena llevaba tejiendo el mismo suéter, no podía seguir viéndola así, no cuando ella era pura felicidad, no cuando yo tenía el poder de cambiar las cosas, ella había hecho mucho por toda la familia, sacrificada demasiado, ayudarla a que se volviera a sentir como antes era lo mínimo que podía hacer.

Rosa y yo nos arreglamos y nos pusimos de acuerdo. Un miércoles en la mañana me desperté más temprano, Abuelita seguía dormida, le preparé el desayuno con una de sus tantas recetas que me había enseñado, pude ver su hermosa sonrisa al encontrar la mesa servida y a mi esperándola, desayunamos juntas y después le dije que íbamos a hacer una recreación de sus caminatas en la casa, con la excusa de que debía de moverse por salud, su rostro cambio drásticamente en un segundo, su sonrisa tembló, sus ojos se empañaron, contenían las lágrimas que sabía bien no demarraría frente a mí.

La hora de la comida llegó, yo prepare todo, tenía todo listo, Abuelita había estado sentada tejiendo, con la mirada caída, me sentía un poco mal a ser la razón por la que su ánimo decayó, pero valió la pena, claro que valió la pena al ver como al ponerla frente a la computadora y enseñarle la pantalla su rostro se iluminó, valió la pena al ver como ese brillo volvía, valió la pena ver como comenzaba a derramar lágrimas, que sabía eran de felicidad, valió la pena al ver como su sonrisa, esa sonrisa que la caracterizo siempre estaba en su rostro, valió la pena cuando toda esa calidez, amor, felicidad inundó la habitación, valió la pena al ver como se reencontraba con su amor secreto, valió la pena al verlos hablar, valió la pena a....

La lagrima que cayó en el papel corrió la tinta de la última palabra que había escrito, una mancha negra se estaba formando en el lugar donde se supone iría la palabra "al", tome eso como una señal, señal de que ese tenía que ser el final.

Debía de dejar de pensar en él hubiera y en las cosas que pudieron ser y un fueron, eso era lo que me decían siempre que me veían escribiendo historias, pues conocían a la perfección sobre lo que escribía, escribía sobre lo que pudo

haber sido y nunca hubiera sido, lo que pudo ser y no fue, pero nunca escribía sobre lo que fue y es.

Escribía sobre lo que pudo haber hecho Abuelita si hubiera sido reina, escribía sobre lo que hubiera logrado si hubiera sido presidenta, escribía sobre mundos fantásticos y cosas fuera de este mundo, escribía para olvidar, escribía para transportarme a otra realidad, escribía para poder relajar el dolor, escribía para poder recordar a Abuelita, recordar su calor, su sonrisa, su olor, su voz, sus abrazos, escribía lo que me hubiera gustado contarle, lo que me hubiera gustado hacer con ella.

Escribía para olvidarme de los sentimientos, no para desahogarme de ellos, escribía sobre lo que pudo haber sido y nunca hubiera sido, lo que pudo ser y no fue porque si escribía sobre lo que fue y es, tendría que escribir sobre los años que pase sin ver a Abuelita, los años que pase si escuchar su voz, los años que pase sin recordar su olor, escribir sobre el arrepentimiento que sentía al no haberla apreciado, si escribía sobre lo que fue y es, escribiría sobre Abuelita contrayendo el famoso virus COVID-19, escribiría sobre cómo no le dio tiempo para nada, escribiría sobre como actuó rápidamente el virus en ella, tal vez el virus sabia sobre la distancia, tal vez sabía lo que ocasionaría, escribiría sobre la solitaria escribía sobre lo que pudo haber sido y nunca hubiera seria, lo que pudo ser y no fue que tuvo y no merecía, escribiría sobre lo cercano que fue a mi cumpleaños, escribiría sobre como trate de contener mis emociones al saber que no merecía llorar si nunca intente acortar la distancia pero falle, falle y me derrumbé en la noche, con la luna siendo testigo de mi arrepentimiento, la luna siendo mi compañera en las noches que escribía.

Al final, lo único que me quedaba de Abuelita eran mis historias, mis historias sobre lo que pudo haber sido y nunca hubiera sido, lo que pudo ser y no fue.

FIN